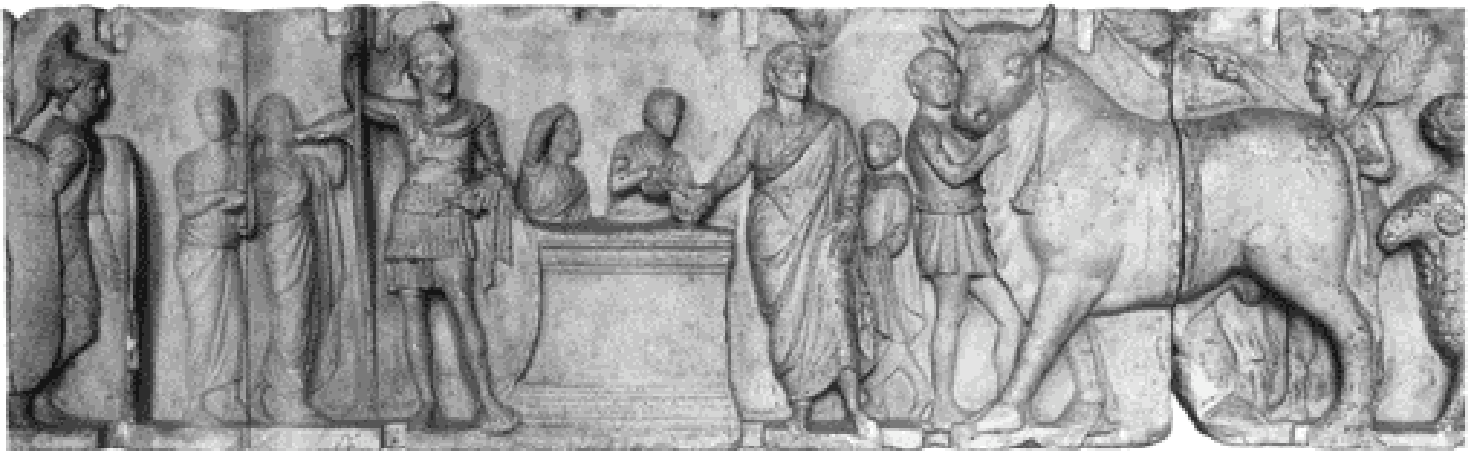


Los libros universitarios

Historia del atlético corruptor

Hugo Hiriart



Friso de un lado del monumento conocido como el altar de Domiciano Aenobarbo, 70 a.C.

Cayo Salustio Crispo (86-35 a.C.) supo muy bien qué era la gloria, la fama, el lustre, lo que dice la voz latina *claritudo*, porque nunca logró poseerla. Es decir, ardientemente la deseó para sí mismo en el mundo asperísimo y tan accidentado, incierto y mutante de la vida pública romana, sin alcanzarla nunca. La vio de lejos, la acarició, se le escapó de las manos. Dos caminos tenía hacia el prestigio: El foro y la política (que recordémoslo incluía en aquellos días el arte de la guerra), y los dos permanecían no meramente estorbados, sino clausurados, por la presencia de mastodontes inamovibles; el foro por, nada menos, Cicerón y Hortensio, picos de oro invencibles, y la política por Julio César y Pompeyo Magno, monstruos de habilidad que, muy a su pesar, habrían de enfrentarse entre ellos en lances que, desde entonces, no han cesado de asombrarnos.

Salustio, que nació plebeyo, execraba al partido de los nobles. Y fue, por tanto, secuaz de César, con quien cruzó el Rubicón, y a cuya sombra prosperó, bien que no demasiado, en cargos públicos de medio vuelo

(en los que fue venal y se hizo rico). En los violentos tiempos que siguieron a la muerte de César, prefirió apartarse de la cosa pública que tan avara había sido con él en triunfos.

Muy afortunado fue para nosotros este fracaso, porque Salustio entonces no intentó ya realizar hazañas, y se conformó con narrarlas. Digo, se encerró en sus vastísimos jardines, los *Horti Sallustiani*, a escribir libros de historia. Dos joyas han sobrevivido de ese desvelo: *La conspiración de Catilina* y *La guerra de Yugurta*, que nos ocupa.

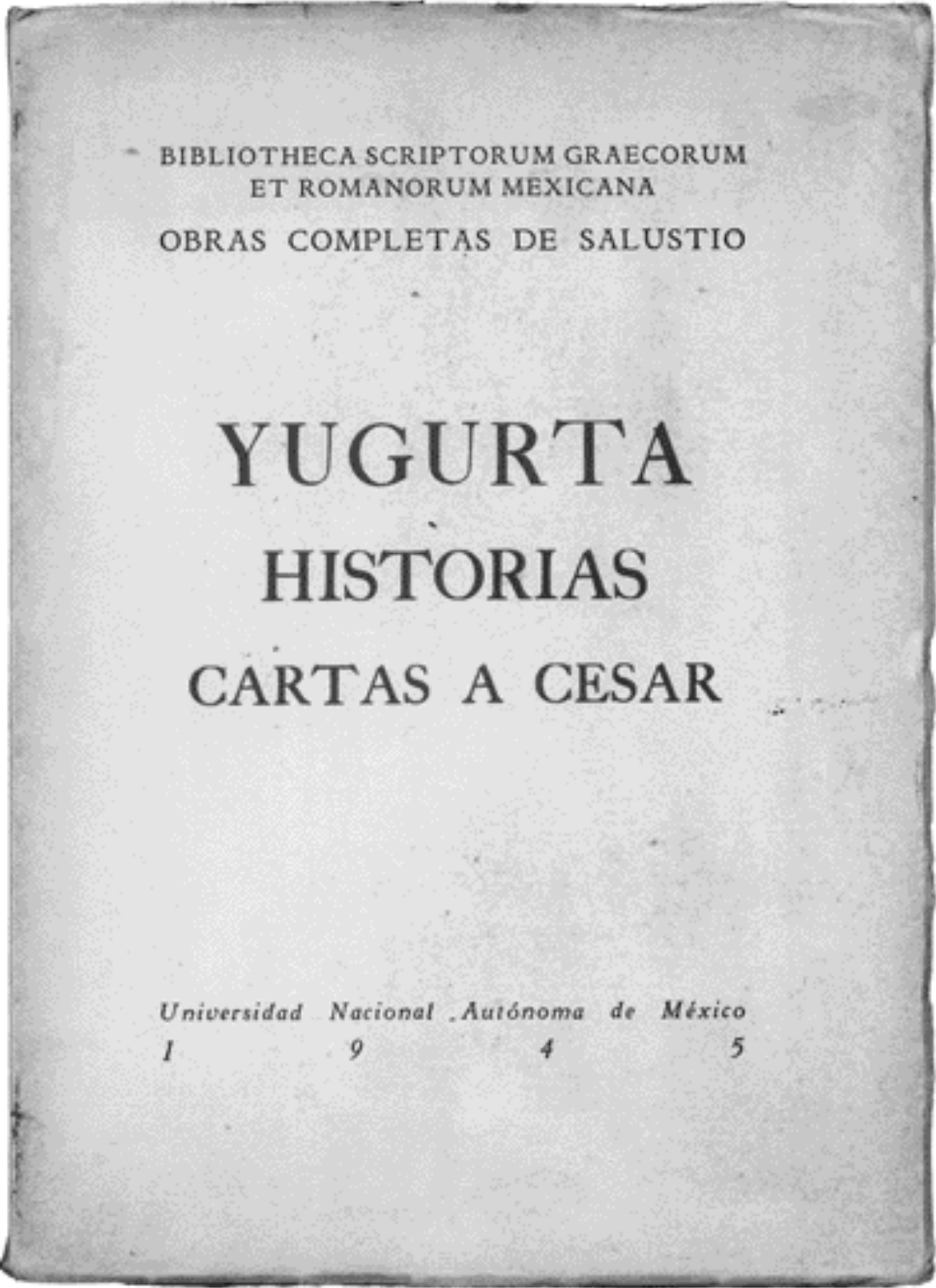
Este libro narra la lucha de la República Romana contra el habilísimo e indomable Yugurta, rey de Numidia, provincia situada en el norte de África, por donde hoy es Túnez, región que Salustio conocía bien dado que había sido ahí procónsul, aunque, sitúa Millares Carlo: “Cuando nuestro autor emprendió el trabajo, hacía unos sesenta años que Yugurta había muerto”.

Tres son los grandes atractivos del *Yugurta*. Primero exhibir un tema de gran actualidad en el México actual, a saber, la corrupción de los plutócratas, representa-

dos en Roma por el senado patricio y cómo ésta relajación se precipita en cascadas a los órdenes inferiores hasta hacer del régimen político entero una especie de cleptocracia.

Salustio desarrolló este asunto porque su encono a los patricios lo movía a sacar a luz la corrupción y la ceguera que a cada paso exhibía esta clase. Yugurta era consumado artillero de los cañonazos de cincuenta mil pesos, de que hablara nuestro Álvaro Obregón, y en algún momento saliendo de Roma exclama: “Ciudad venal: cuán presto perecerías si hallaras comprador”. Así a menudo en la narración estalla la indignación plebeya: “Acuerdo que si bien en los comienzos de la lucha hubiera sido sumamente oportuno, habíanlo dificultado unos cuantos (senadores) que, ciegos de avaricia, tenían por costumbre traficar con todo, bueno y malo”. Que “ciegos de avaricia y acostumbrados a hacer granjería de todo, bueno y malo”, traduce el infante don Gabriel, y parecería que habla de los diputados o de los senadores de nuestro país.

Sí, honda, proteica y omnipresente es la tendencia humana a la venalidad, de otra



suerte, la veracidad honrada no sería tan rara y no tendría el mérito que le reconocemos. Otro atractivo es la narración de esa especie de guerra de guerrillas a que sometió el infatigable Yugurta al ejército romano. Las tropas romanas habituadas a los gran-

des encuentros decisivos no entendían, y sufrían de lo lindo los constantes ataques y desapariciones de un enemigo ubicuo y fantasmal. Y esta estrategia se desenvuelve en el exótico paisaje del norte de África previo a la invasión árabe, pero poblado ya de

moros (bereberes) y otros pueblos nativos que, por ser nómadas, eran juzgados como gente “feroz y bárbara”, *asperi uncultique*, por no levantar ni casas donde habitar. Y por último, pero en primer lugar, hay que poner el arte de Salustio. No es tan profundo como el de Tucídides en la determinación de las causas lejanas o próximas de las acciones, no tiene ese ojo clarividente, ésa como mirada aérea y abarcante del griego, pero a cambio es Salustio grande en el acercamiento, esto es, en el retrato de personajes (y por eso desde antiguo sus libros son lectura predilecta de escritores). Desfilan los personajes: Yugurta ante todo, inmenso y musculoso, calculador, capaz de oponer a la fuerza imperial su sola astucia. Después la serie de romanos venales, gente como Lucio Bestia, Albino y su hermano Aulo; luego el cónsul Metelo, pundonoroso y arrogante, especie de Coroliano, digno del tablado de Shakespeare. Y finalmente el gran Mario, tribuno de la plebe, más tarde, cónsul en Numidia, y su enemigo, el torbo Sila, apenas un militar brillante, subordinado al mando de quien será su rival. Y con Mario y Sila asistimos a algo como la prehistoria de uno de los grandes momentos históricos en la vida de la República Romana. Estas figuras dramatizan en páginas que corren con briosa agilidad, sin pausa, destellantes en su militar desenvolvimiento.

La estricta prosa de Salustio en *La guerra de Yugurta* fue trasladada al castellano por don Agustín Millares Carlo, notable letrado, medievalista y bibliógrafo español, avecindado en México debido a la Guerra Civil, quien para la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana de la UNAM, de la cual fue uno de los fundadores hace ya más de cincuenta años, tradujo otros autores tanto griegos como latinos. [U]

El encono de Salustio a los patricios lo movía a sacar a la luz la corrupción y la ceguera que a cada paso exhibía esta clase.